

El Verdadero Gozo (primera parte)



Recuerdo que en una ocasión fui a peinarme a un salón de belleza muy concurrido y en la silla a mi lado derecho estaba una señora que le estaban tiñendo el cabello. Viéndola por el espejo, pude notar que ella estaba bastante nerviosa, pero como ambas estábamos siendo atendidas, no podía mediar palabra con ella. En cierto momento, la estilista que me atendía tuvo que ir a verificar el cabello de otra cliente y casualmente la estilista de ella también. Inmediatamente ella me dio conversación y me confesó que estaba nerviosa porque era la primera vez que iba al salón de belleza después de haber estado bajo tratamiento de quimioterapia por más de un año.

Me contó que cuando volvió a tener cabello lloraba de alegría dándole gracias a Dios pues podría volver a peinarse, esto en adición a la alegría que sentía por haber salido airosa del cáncer. Me sentí conmovida con aquella hermosa mujer y no pude evitar envolverme en su historia. Ella me contó como Dios hizo la diferencia en su vida comparada con otros pacientes que no sobrevivieron en su proceso de quimioterapia. Me compartió sus planes de establecer un hogar para mujeres con cáncer y la conversación fluyó de tal forma, que parecía que nos conociésemos hacía 10 años. Cuando nuestras estilistas regresaron, nosotras continuamos hablándonos y mirándonos a través de los espejos paralelos. Me compartió sus metas alcanzadas a

corto plazo, su sueño y las posibilidades de lograrlo. Cuando terminaron de peinarme, fui a pagar y regresé a despedirme de ella. Nos abrazamos con un amor profundo que fluyó en ese momento entre ambas. Le dejé expresados mis más sinceros sentimientos de alegría por haberla conocido y haberme hecho parte de su milagro. Al despedirnos, se le aguaron los ojos y demás está decirles de los míos.

Lo hermoso de todo esto, es que celebramos allí, en medio de un salón de belleza lleno en su capacidad, ¡que ella estaba viva por la gracia de Dios y que estaba poniéndose bella nuevamente! Pudo tener una actitud correcta y positiva ante la crisis y sobretodo ella decidió creerle a Dios.

Al salir, reflexioné y me quedé atónita por la conexión instantánea que hicimos esa hermosa dama y yo. Pude alegrarme genuinamente de su gozo y me conmovió hasta la última fibra de mi corazón en solo 30 minutos de conversación. ¿De dónde provino este gozo y este amor tan profundo que sentí por ella?

Si deseas saber la contestación a mi pregunta, no dejes de leer la segunda parte de este escrito.

¡Hasta luego!